

**GRANDES DIOSES,
PEQUEÑOS MORTALES**

MERCEDES GARCÍA HERNÁNDEZ

**GRANDES DIOSES,
PEQUEÑOS MORTALES**

Primera edición: junio de 2024
© 2024 Mercedes García Hernández
Edición de autora para Bookmundo
Diseño de cubierta por la autora
ISBN: 978-94-037419-9-4

La autora se reserva todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

El contenido de esta obra está protegido por las leyes del copyright y de la propiedad intelectual. No se permite su reproducción total o parcial, ni su grabación en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes, ni su transmisión por cualquier procedimiento –electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro– sin autorización previa y por escrito de la autora.

Quiero dedicar este libro a mis queridos padres, porque fueron los que más sufrieron con todo lo que les voy a relatar aquí. Ellos ya no están entre nosotros, pero siempre vivirán en mi corazón. También deseo dedicárselo a la persona que ha tenido que soportar que a lo largo de varios meses no haya hecho otra cosa **que escribir y llorar, llorar y escribir.**

ÍNDICE

PREÁMBULO	11
CAPÍTULO 1.- Mis orígenes.....	19
CAPÍTULO 2.- ¡Allá tú!	23
CAPÍTULO 3.- <i>Gran Hermano</i>	37
CAPÍTULO 4.- Después de <i>Gran Hermano</i>	55
CAPÍTULO 5.- Mi verdadera <i>Aventura en África</i>	75
CAPÍTULO 6.- Mis concursos	147
CAPÍTULO 7.- Trabajando como presentadora en mi tierra adoptiva	155
CAPÍTULO 8.- La violación de mi deseo de no conceder entrevistas en los programas del corazón de Telecinco.....	161
CAPÍTULO 9.- Aída Nizar en 2005.....	169
CAPÍTULO 10.- Aída Nizar y la productora Mandarina en 2010	173
CAPÍTULO 11.- Programa <i>Sálvame</i> del 8 de diciembre de 2010	181
CAPÍTULO 12.- Gala del concurso <i>Acorralados</i> del 27 de octubre de 2011	185
CAPÍTULO 13.- Hechos que aún no habían prescrito	187
CAPÍTULO 14.- Mi experiencia con la Justicia	203
CAPÍTULO 15.- <i>Gran Hermano</i> te priva de tener una vida normal.....	257
CAPÍTULO 16.- La mentira de los concursos de convivencia.....	287
CAPÍTULO 17.- ¡Hay una carta para ti!.....	299
CAPÍTULO 18.- Primera publicación de mi imagen sin mi consentimiento	365
Mi reflexión final	367
Mi despedida	371
Anexo. Documentos	375

PREÁMBULO

Esta historia que ustedes se disponen a leer refleja mis vivencias con Telecinco, Antena 3 y la Justicia a lo largo de estos últimos veinte años. Concretamente, les voy a relatar mi dulce paso por el programa *Allá Tú*, las infernales dos horas que pasé en la casa de *Gran Hermano* (GH), cómo sobreviví a la terrible experiencia de ser la más buscada de Telecinco durante tres largos meses, las desventuras de mi «concurso» en África, mi experiencia en otros concursos, la entrevista que me obligó a conceder Telecinco, el trato indecente e inhumano que recibí por parte de la Administración de Justicia de la ciudad donde residía entonces y cómo viví la pesadilla de ver mi nombre y mi honor, una vez más, arrastrados por el fango, y todo porque Aída Nizar quería pasar del concurso *Llama y Gana* a tener un asiento de colaboradora en Telecinco, y lo logró poniendo patas arriba la vida de alguien que, por elección propia, llevaba cinco años apartada del mundo televisivo.

Además, les explicaré el lastre para todos los aspectos de la vida que supone entrar en *Gran Hermano* y la mentira que son los concursos de convivencia en general, pero, sobre todo, los de supervivencia. Para terminar, incluyo unas cartas que he dedicado a personas y empresas de mi pasado y, además, los contratos que firmé en su momento para entrar en GH, junto a las pruebas que acreditan que no gané nada con esa experiencia.

Quiero comenzar confesándoles que hace ya mucho tiempo que sentía la necesidad de escribir este libro, aunque tengo que reconocerles que me ha dado bastante pudor hablar de ciertas cosas, pero he comprendido que no me quedaba más remedio que hacerlo, porque les aseguro que me incomoda aún más la idea de dejar para siempre infinidad de mentiras rodando por la cabeza de los telespectadores, ya que la experiencia me ha enseñado que cuando dicen algo de ti y no te pronuncias al respecto, gran parte de la gente da por hecho que eso que dicen es cierto. Y como no podía permitir que esos bulos siguieran por ahí repartidos, he decidido que había llegado el momento de desmentirlos, recogerlos y desterrarlos. Además, quería que ustedes conocieran las rocambolescas situaciones que me han obligado a vivir los «Grandes Dioses» que se han cruzado en mi camino, aunque no ignoro que pudiera ser yo la que me haya metido en el suyo, porque fue decisión mía participar en programas a los que tal vez, por mis principios e ideales, no me debería ni haber asomado. Primero en *Gran Hermano*, donde yo pretendía solamente concursar, sin interés alguno en acceder a nada de cuanto rodea a ese programa, pero parece ser que eso no era aceptable para Telecinco porque, para ellos, participar en aquel concurso conlleva necesariamente acceder a sus otros «juegos», y como me negué rotundamente a ello, choqué con estos «Grandes Dioses». En cuanto a Antena 3, ya verán ustedes que Telecinco tiene unos tentáculos muy largos, y también hasta allí me fueron a

buscar, actuando a través de los colaboradores de los programas de su cadena rival, que destruyeron mi experiencia empujando contra mí a la audiencia, ayudados por la productora Globomedia, otro de los «Grandes Dioses», que al principio no tenían malas intenciones conmigo, pero que, con sus mentiras y maquinaciones, ayudaron en su causa a Telecinco, y entre todos me robaron, una vez más, la posibilidad de vivir el concurso que yo deseaba, como ya verán a lo largo de este libro. En cuanto a estos colaboradores de los programas, que son los «pequeños dioses», quiero expresarles que, en mi opinión, para ciertas cosas tienen incluso más poder y peligro que los que dirigen las cadenas, porque se aprovechan de la ventaja de contar con un púlpito a su disposición desde el cual inoculan sus ideas en las mentes de los telespectadores. Llegados a este punto, he de confesarles que me causa algo de vértigo imaginar lo que pueden ser capaces de hacer tras la lectura de mi libro, y por eso, desde aquí dejo ya hecha la petición de que no se lo permitan.

Otro de los motivos que me ha llevado a estar día y noche delante de mi ordenador escribiendo este libro para ustedes, ha sido el hecho de haberme enterado recientemente de que pronto volverá a emitirse el programa *Gran Hermano*. En cuanto a esta nueva edición, he estado leyendo lo que se dice al respecto en internet y he visto reseñas positivas de varios de los ganadores de ediciones anteriores, y quiero que sepan que no son las más objetivas,

porque ellos no suelen pasarlo tan mal, ya que salen con un maletín bajo el brazo e imagino que con más oportunidades laborales que los demás, pero les aseguro que son la excepción y no la regla. Como también son algo excepcional los que se hacen con un puesto de colaboradores, que ya saben ustedes que se pueden contar con los dedos de la mano. Sobre ese retorno a la parrilla de este concurso, he decidido que yo también quiero transmitirles mi opinión, que no es otra que una sensación de grandísimo disgusto, y no solamente porque me cause grima saber que otra vez estará ahí en la pantalla, que me pasa y no lo puedo negar, sino también, porque ese retorno significa que habrá en poco tiempo otro montón más de excluidos de la sociedad rodando por España, y les aseguro que es algo que me genera una gran impotencia, porque eso significa que este grave problema continuará creciendo, y por eso he querido compartir con ustedes mi experiencia, para que todos se hagan una idea clara y verdadera de cómo afecta en nuestras vidas el paso por aquella casa, y si alguno de mis lectores piensa que, aun así, merece la pena probar, por lo menos estará avisado del sufrimiento que le espera al salir. Precisamente a ellos les dedicaré algunos consejos en este libro, para que el tornado en el que pretenden meter sus vidas les cause la menor destrucción posible, y también les muestro los contratos que yo firmé entonces con la productora de *Gran Hermano*, para que lo puedan comentar con un abogado antes de meterse en este inmenso lío. Aprovecharé este libro, además, para

reivindicar respeto para esas personas que ya no están a tiempo de escuchar mi consejo de no acceder a este concurso, porque ya participaron en su momento, y, con ello, se metieron en el saco de basura donde, para la sociedad, entran todos los concursantes de este *reality* al salir de la casa, y en el que se trata a todos como personas vividoras y montajistas, pero usando estos términos de forma indiscriminada al atribuirlos a cualquiera que haya entrado en esa casa. Yo en verdad podría, y tal vez debería, hablar únicamente por mí, y dedicarme a reivindicar solamente que no quiero que se me considere una «Gran Hermana», porque yo no he concursado, y correr un tupido velo sobre lo demás, pero me importa la gente y por eso me indignan infinitamente las injusticias que se cometen con las personas que han participado en este concurso. Al respecto les diré que yo pienso que tal vez algunos concursantes sí deberían recoger lo que hayan sembrado, pero esto tendría que ser algo individualizado, ya que no es justo que paguemos todos por las acciones de unos cuantos, porque este concurso es equiparable a la sociedad, en la que algunos hacen el mal y pagan por sus errores, pero no por ellos tenemos que pensar que todos somos igual de delincuentes en el país. Pues de la misma manera creo que es inadmisibles que se les atribuya a todos los concursantes de GH lo que hacen unos pocos, y que nos veamos bajo esa condena incluso los que ni siquiera hemos participado. Espero y deseo que, tras leer este libro, se imponga la sensatez y la comprensión, y que podamos volver

a ser todas personas respetadas, o por lo menos los que no hemos hecho nada para merecer el desprecio de la sociedad.

También me ha motivado a dar este paso, el deseo de compartir mi experiencia en *Aventura en África*, para mostrarles que los llamados «concursos de telerrealidad» no tienen nada de concurso y que tampoco existe en ellos un ápice de realidad, siendo lo único cierto de esa expresión el hecho de que se vean a través de la tele.

Lo que sí les voy a rogar, antes de comenzar, es que no esperen encontrar aquí a un Cervantes o a la nueva Martín Gaité, porque lo único que comparto con ambos geniales autores es el vínculo con mi ciudad o con mi provincia de nacimiento. Con el Príncipe de los Ingenios mi relación es con la ciudad, ya que le dedicó el Quijote al Duque de Béjar, y con la magnífica escritora, mi conexión está en que ambas somos salmantinas. Por tanto, les pido que aprecien mis relatos y mis vivencias en lugar de valorar mis aptitudes como escritora, porque para eso hay que nacer o prepararse con mucho trabajo y esfuerzo, y yo me he orientado hacia otros campos, aunque sí les puedo asegurar que este libro me ha supuesto un enorme esfuerzo y dedicación. Ustedes piensen que, aunque cuento con la ventaja de que la historia vive en mi cabeza y solamente tengo que encontrar una forma agradable de relatársela (que no es poco), también tengo el grandísimo inconveniente de que todo lo que les cuento aquí son sucesos y experiencias que aún me duelen profundamente. De hecho, aunque hay unos pocos capítulos cuya redacción me ha

agradado, como ha sido el caso de los dos primeros, a partir de entonces unos me han provocado arrebatos de rabia y otros me han hecho llorar como una niña. Incluso alguno me ha generado tanta ansiedad escribirlo, soportando las ganas de vomitar, que casi estuvo en peligro que este libro viera la luz. Afortunadamente, sí que es verdad que el paso del tiempo atenúa la pena y también me ha dado la serenidad necesaria para atreverme a soltarlo todo, pero les aseguro que ha sido un parto largo, difícil y muy doloroso.

Tras leer el manuscrito del libro, un miembro de mi familia me expresó su temor a que la Justicia buscara la forma de volver a meterme en un infierno, como represalia por exponer públicamente todo lo que me han hecho durante estos años. Esta persona me aconsejó que diera marcha atrás, porque, según él, podría ser una victoria. En cuanto a esta preocupación, les aseguro que tal vez en otros momentos de mi vida me lo hubiera pensado un poco, pero en esta ocasión no ha habido nadie ni nada que haya conseguido detenerme en mi empeño de exponer la verdad, porque ya me han robado y he perdido demasiados derechos en mi vida. Por eso, para tranquilizar a aquel miembro de mi familia, le expliqué que a mí me hicieron todo lo que quisieron, porque se creían amparados por el falso anonimato de hacerlo en privado, pero ahora todos ustedes serán testigos y les resultará entonces más difícil atreverse a infringir las leyes contra mí y, además, cuento con el apoyo de nuestra querida Constitución, cuyo artículo 20.1 nos reconoce a todos el derecho a comunicar o recibir libremente

información veraz por cualquier medio de difusión y, por supuesto, en ese «todos» también estoy incluida yo.

En cuanto al título, siento que contiene y refleja perfectamente la esencia de todo lo que relato en este libro. Para mí, los tres «Grandes Dioses» terrenales son **el estamento judicial, el mundo de la comunicación y los médicos**, y tal como irán descubriendo a lo largo de mi libro, a esta pobre mortal le han destrozado la vida, sin ninguna piedad, los dos primeros.

En lo relativo a la portada, a lo largo de todos estos años estaba convencidísima de que me encantaba una que había elegido, que era un dibujo de un puño aplastando a un pobre hombre, porque escenificaba lo que habían hecho conmigo los «Grandes Dioses». Pero ahora mismo, ya más aliviada del peso de toda la carga que llevaba en mi interior, siento como una metamorfosis y pienso que en la portada de mi libro ya no quiero ver más «Grandes Dioses» cometiendo maldades, sino que deseo verme a mí misma como la superviviente que soy, y me pide el cuerpo que sea una imagen de mi yo más guerrera, la de la Cleopatra que llevo dentro, y parece que también la llevo fuera, porque siempre me han sacado el parecido con esta gran reina egipcia. Incluso Jesús Vázquez me llamaba **la Cleopatra de Allá tú**.

CAPÍTULO 1.- Mis orígenes

Nací hace ya unos cuantos años en una de las poblaciones más bonitas de nuestro país que, en sus tiempos más esplendorosos, fue conocida como «la bella ciudad de los buenos paños». Ya deben de saber cuál es, porque se lo he adelantado en el preámbulo, cuando les rogué que no me comparasen con el ilustre papá de El Quijote, pero por si no han estado atentos les diré que se trata de Béjar, un municipio de Salamanca al que tal vez hayan oído mencionar si son amantes de los deportes alpinos y también en alguna Vuelta ciclista a España, porque a Béjar pertenece *La Covatilla*, donde han tenido lugar grandes batallas de ilustres ciclistas y da nombre a una estación de esquí. Mi ciudad atesora un excepcional monumento, conservado con mimo, cuyo nombre es *La Ancianita*, que es considerada la plaza de toros más antigua de las que existen en todo el mundo.



Béjar mantiene una tradición, única también en el planeta, que consiste en sacar en la fiesta del Corpus a sus «Hombres de Musgo».



Quiero aclarar que tengo la intención de ceñirme en este libro a contar únicamente los hechos que tengan que ver con mis concursos, pero he creído necesario mostrarles cuál es mi ciudad de nacimiento, porque leí en un periódico extremeño, no recuerdo si fue en *El Hoy* o en *El Periódico de Extremadura*, que decían que era una vergüenza que renegase de mi tierra y de mis orígenes, y al hablar de esa tierra se referían a Extremadura, lo cual me dejó muy confusa. Hoy, diecinueve años después de que terminasen aquellos concursos, he decidido ver las grabaciones de los programas, para no hablar solamente de mis recuerdos en primera persona, y al hacerlo he pasado de la confusión a la perplejidad, ya que he descubierto que esa errónea información sobre mi lugar de origen fue originada por Zeppelin, porque me nombraron como extremeña en las presentaciones..., ¡y eso después de un montón de meses de

castings! Pero ellos estaban demasiado ocupados creando su culebrón, como para preocuparse de mi persona. Después continuó alimentando la confusión Antena 3, tanto en Aventura en África como en el programa *¿Dónde estás corazón?*, y por supuesto que los culpables fueron Globomedia, que tuvieron la desfachatez de presentarme en su concurso como paleontóloga extremeña, cuando yo soy arqueóloga bejarana, porque –aunque he vivido un largo periódico de mi vida en Extremadura, tanto en Cáceres como en Badajoz, y adoro a mis dos provincias adoptivas–, yo soy de Béjar de nacimiento y también de raíces, ya que mi padre era bejarano de pura cepa, del barrio de La Antigua más concretamente (ese por el que van pasando en la foto de página anterior los hombres de musgo), y de una familia muy querida y respetada, y mi madre nació en un precioso pueblo también de Salamanca llamado Molinillo de la Sierra, en el seno de una familia muy apreciada en toda la Comarca de la Sierra de Francia. Esta foto que pongo es de Molinillo, donde, además, están enterrados mis papis, mis abuelos y bastantes tíos y tías.



Continuando con el tema de mis orígenes diré que, además, en el concurso *Alla Tú* participé representando a mi provincia, a Salamanca, por lo que hasta ahora nunca entendí muy bien el motivo o la razón de aquellos reproches. Hoy ya sé que estos periódicos simplemente se hicieron eco de la desinformación aportada por Telecinco, Antena 3, Zeppelin TV y Globomedia, y como el objeto de este libro es dejar las cosas claras de una vez por todas, doy por zanjado este asunto y quiero aprovechar esta oportunidad para mandar un fuerte abrazo a *El Hoy* y a *El Periódico de Extremadura*, y también, ¡cómo no!, a mis queridos extremeños y a mis adorados bejaranos, y un fuerte tirón de orejas para aquellas dos productoras y las dos cadenas, por no haberse cerciorado de mi lugar de procedencia y de mi verdadera profesión antes de realizar mis presentaciones para sus concursos. ¡Con la importancia que tiene el dato del nacimiento!, porque, como todo el mundo sabe, en esos concursos dependes de la gente que te vota desde sus casas, y en ambos programas las productoras, por su torpeza o mala intención, me privaron del apoyo de los vecinos de mi ciudad de origen.

CAPÍTULO 2.- ¡Allá tú!

La historia que voy a relatar en este libro verdaderamente comienza en este capítulo y lo hace en Almendralejo, merecidamente conocida como «La ciudad del vino y de la cordialidad», y aunque no cuenta con una plaza de toros anciana, puede presumir de su señorial parroquia de Nuestra Señora de la Purificación, que se empezó a construir dos años después de que Cristóbal Colón descubriera América, y fue en esta majestuosa iglesia donde yo me casé.



En esta maravillosa ciudad vivía, cuando en noviembre del 2003 vi por primera vez el anuncio que me llevaría a participar en *Allá tú*. He de comentarles que no me acuerdo del día exacto, pero sí puedo evocar muy bien en mi mente cómo fue aquel momento. Recuerdo que aquel día trabajé por la mañana y después de comer me acurruqué en el sillón a descansar y ver la tele, y estaba ya casi dormida cuando una musiquilla procedente de la tele hizo que me desvelase y abriese los ojos, pero no llegué a ver el anuncio en la pantalla y me volví a dormir, aunque aquel runrún me quedó en la cabeza. Al despertarme de la siesta, estuve pendiente de la tele, porque me había quedado la curiosidad de saber qué anunciaban con esa música que me había hipnotizado. Cuando la oí otra vez fui corriendo al salón, y al mirar la pantalla pude leer: «si te gustan las aventuras, llama a este número de teléfono». No tenía ni idea de qué trataba esa invitación que estaba leyendo, pero si hay algo que me motiva en esta vida son las aventuras y los retos, así que, sin pensármelo dos veces, cogí el teléfono y marqué aquel número, pero ya les digo que lo hice sin saber siquiera a qué programa estaba llamando. La primera conversación por teléfono tampoco me aclaró la incertidumbre ni lo hizo el casting, y menos aún la chica que me llamó días después para anunciarme que viajaría a Barcelona y me dijo que preparase una maleta grande. Con lo cual, intrigada por el halo de misterio que envolvía aquel programa que querían que grabásemos, llegué a un hotel de Barcelona, donde me

encontré con un montón de chicos y chicas que tampoco sabían qué pintaban allí. Solamente nos habían informado de que se trataba de un concurso de Telecinco. Nos reunimos para comer y allí juntos pasamos un rato muy divertido, porque por todos lados escuchábamos ideas disparatadas relacionadas con el concurso en el que cada uno pensábamos que íbamos a participar. Había alguno que decía que ya se veía arrastrando las zapatillas en la casa de *Gran Hermano*; otros decían que había que comer huevos para afinar la voz, por si nos metían de triunfitos, y cuando apenas habíamos terminado de comer y de divagar, apareció un autobús para recogernos y trasladarnos a unas naves en un pueblo de Barcelona. Cuando llegamos, salió a recibirnos una chica muy atenta, que nos dijo que se llamaba Montse Claros, y nos condujo a una amplia sala. Allí nos explicó que era la directora del programa que nos disponíamos a grabar y que estábamos en San Just Desvern, en los estudios Mediapark de Gestmusic. Al escuchar que nombraba a la productora de *Operación Triunfo*, uno de los chicos retomó la gracia de la comida y en medio del silencio se lanzó a cantar «Asturias, patria querida», pero desafinando de tal manera, que arrancó un estallido de risas en toda la sala. Cuando todavía nos estábamos secando las lágrimas, se abrió una puerta y vimos asomar una cara conocida que provocó otro estruendo, pero esta vez de gritos de emoción, porque aquella cara pertenecía a Jesús Vázquez. Más adelante, descubriríamos que no solamente era un chico al que daba gusto mirar, sino que,

también, era de muy agradable trato, porque desde el primer momento nos hizo sentir que éramos más importantes que él. De hecho, a las chicas nos dejó pasar para que nos maquillasen y nos peinasen antes, cuando Jesús era la estrella del programa. Pero lo más maravilloso fue descubrir, a lo largo de los siguientes días, que aquello no había sido el detalle de un momento (tal vez porque acabábamos de llegar y quería ser amable), sino que actuó siempre así de maravillosamente con nosotras y con todos a lo largo de todos los días que pasé allí.

En diciembre de 2003 comenzamos a grabar este simpático y entrañable concurso que popularmente se terminaría conociendo como «el programa de las cajas», y a partir de entonces, a los participantes nos dirían por la calle: «Oye, ¿tú eres la/el de las cajas?». Entre todos lo convertimos en un concurso divertido y muy popular, porque fuimos nosotros, los primeros, los que sentamos las bases del éxito que siempre ha tenido *Allá tú*.

En cuanto a los concursantes, el tiempo que estuvimos juntos fue estupendo y, de entre todos, sobresalíamos el grupo de veteranos, que éramos como los dioses del Olimpo de *Allá Tú*, a los que todos los nuevos deseaban conocer y saludar nada más llegar. Nadie nos dijo que tuviéramos que ser uña y carne. De hecho, tampoco lo necesitábamos, porque este concurso no era un *reality* y, por tanto, no se retransmitía nada de lo que sucedía fuera del plató, pero surgió esa maravillosa unión entre todos los que lo

empezamos, que trascendió a la pantalla y llegó a las casas de los telespectadores, e incluso se consolidó como norma, ya que todos los concursantes que participaron, después de nosotros, adoptaron ese espíritu de unión tipo piña.

Durante el tiempo que permanecí en este concurso me llevé muy bien con todos los compañeros, pero entre unos cuantos habíamos conseguido un vínculo de amistad muy fuerte y especial, de tal manera que, durante los períodos entre grabaciones, en los que retomábamos nuestras vidas personales, seguíamos en contacto, enviándonos mensajes y llamándonos con frecuencia. Entre estos amigos estaba Salva, el representante de Logroño, que salió a concursar y se marchó a su casa bastante antes que los demás de nuestro grupillo. Un día, mientras estábamos grabando el resto de concursantes, me llamó llorando y abatido porque acabada de echar de su casa a su novia cubana, que se llamaba Jani. Me contó que habían acudido a comisaría para arreglar su permiso de residencia y que allí se enteró de que ella había estado casada antes con un señor mayor, y me reconoció que lo que más le había dolido no era el hecho en sí, sino que Jani se lo hubiera ocultado durante los tres años que llevaban de relación. Después de esta conversación, Salva se acostumbró a llamarme casi a diario, pero ya no me hablaba de esa chica, porque esa relación llevaba mucho tiempo funcionando mal, a cuenta de los celos de ella, y para él era como si se hubiera quitado un peso de encima, y se le notaba que quería salir, hacer actividades y vivir. Más adelante, una tarde mi marido

regresó muy disgustado del trabajo, porque, según me explicó, le había llamado a su teléfono una tal Jani, y le había propuesto un retorcido y enfermizo plan. Cuando me explicó de lo que se trataba, me sentí horrorizada.

De inmediato llamé a Salva, y tras contarle lo que había hecho su exnovia, me explicó que, mientras él estaba en el trabajo, Jani se había colado en su casa, porque no le devolvió la llave cuando la echó, y le había cogido documentos y facturas del teléfono, y que, en un ataque de celos infundado, había seleccionado las facturas que correspondían a las fechas en las que él ya estaba soltero y se había dedicado a llamar a todos los números, porque era incapaz de soportar no poder controlar lo que él estaba haciendo en su nueva vida sin ella. Precisamente, uno de esos números de teléfono a los que llamó era el de mi marido, el cual Salva tenía en su factura porque yo no soy una adicta al móvil ahora y mucho menos lo era entonces, y casi siempre lo tenía y lo tengo sin batería, y por eso era bastante habitual que la gente me acabase llamando el teléfono de mi marido y, por supuesto, también mis amigos de *Allá tú*.

¿Y qué fue lo que Jani le propuso a mi marido? La respuesta es que, a través de las amistades que Salva y ella aún tenían en común, se enteró de que se preparaba una reunión entre los concursantes veteranos de *Allá Tú*, y como no lo soportaba, le dijo a mi marido que creía que había algo más entre Salva y yo, y le propuso acudir ellos dos, de incógnito, a la reunión para comprobarlo. Mi marido le

respondió que nosotros no hacíamos ese tipo de cosas y le pidió por favor que no se le ocurriera volver a llamarle.

Salva se indignó muchísimo, y me dijo que iba a llamar a la madre de su ex para que tomase medidas, porque entendía que esa chica no era capaz de asumir la ruptura y estaba convencido de que los celos la estaban volviendo loca. Después de toda esa rocambolesca situación, ya no volví a saber nada más de Jani, porque él la había expulsado de su vida y en ese momento de nuestra amistad no volvió a nombrarla.

Después de aquella ruptura, Salva empezó a conocer a otra gente y de eso era de lo que hablábamos a partir de ese momento.

Yo continuaba acudiendo varios días a la semana a Barcelona y al fin salí a concursar, pero con la mala fortuna de hacerlo en un día profundamente triste para España, nada más y nada menos que el 11 de marzo del 2004, pero nadie nos informó de los atentados hasta que finalizó la grabación, para que no estuviéramos desmoronados. Yo me percaté de que pasaba algo raro, porque Jesús se despidió rápidamente de los telespectadores y salió corriendo hacia su camerino, cuando habitualmente solía quedarse a comentar el programa con nosotros. Luego me enteré de que alguien muy querido por Jesús viajaba ese día en uno de los trenes.

Cuando acabó la grabación nos llevaron al hotel y comencé a hacer mis maletas, porque la aventura de *Allá tú* había terminado para mí. Habían sido tres meses de locura,

con viajes de ida y vuelta a Barcelona todas las semanas, y ya era hora de retomar mi vida normal, pero tenía sentimientos encontrados, porque una parte de mí tenía ganas de volver a casa, pero la otra no, ya que poco a poco mi matrimonio se había ido enfriando, y algunas cosas habían dejado de funcionar en mi casa. ¡Así son las relaciones! No siempre basta con amor y cariño para mantener a flote un barco y a veces sientes que los caminos empiezan a separarse. Imagino que eso pasa en muchas parejas cuando llevan más de quince años juntos. Yo pienso que la convivencia es como un ratoncito silencioso, que día tras día va robando cosillas, y cuando estas son pocas no te percatas de ello, hasta que llega un momento en el que ya no es posible ocultar las carencias. Ante esta situación, hay personas que salen fuera a buscar el modo de llenar los vacíos y luego vuelven a casa como si no hubiera pasado nada, pero hay otras que cogemos el abrigo y la maleta y nos marchamos, porque consideramos que el ratoncito no se puede llevar, también, nuestra dignidad. Pero que nadie se lleve al engaño y oriente mis carencias hacia el plano sexual, que es lo que pasa siempre cuando anda por medio Telecinco, porque en mi caso les aseguro que no fue así, sino que echaba en falta noches de cine, viajes turísticos –aparte de los de siempre al apartamento de mi suegro en Torremolinos–, salidas que no fueran las mismas que cuando estudiábamos en Cáceres, porque yo ya tenía treinta y dos años y él cinco más, y sentía que cada fin de semana era el mismo, repetido una y otra vez. De hecho, alguna vez le llegué a decir que iba

a grabar uno para ponérmelo en el vídeo los siguientes fines de semana, y así ya no tendría que molestarme en salir de casa. Les aseguro que no entendía el motivo de aquella situación, porque trabajábamos los dos y nos podíamos permitir lo que quisiéramos, y más sin tener hijos, pero nos habíamos bajado del tren de la emoción y de la ilusión, y yo quería volver a subirme, y por eso le dije cientos de veces que me estaba ahogando en el aburrimiento en el que se estaba convirtiendo nuestra vida, pero nunca dije que le hubiera dejado de querer. En verdad, eso nunca lo he hecho y nunca lo haré. Pero todo por lo que estábamos pasando acabó conmigo y me marché de mi hogar, pero también es cierto que lo hice de una forma precipitada y alocada, impropia de mi manera de hacer las cosas, pero fue así, porque no tuve tiempo ni para pensar, debido a todo lo que sucedió después, lo cual les voy a relatar a continuación.

Verán, tuvimos una reunión en Madrid los veteranos de *Allá Tú*, y Salva, que llevaba ya tres o cuatro meses sin pareja, sabía que mi vida había perdido la emoción, porque yo se lo había contado, y con esa información se creó un personaje, mitad Salvador del aburrimiento y mitad príncipe de la princesa prometida, y apareció en esa reunión diciéndome que me quería y, además, con la intención de convencerme de que él era mejor para mí que mi marido, argumentando que como nos gustaban las mismas cosas, con él iba a ser mucho más feliz. Yo le dije que lo veía un imposible, porque vivíamos muy lejos el uno del otro, y dejamos las cosas

en ese punto, volviendo cada uno a nuestras respectivas casas: él a Logroño y yo a Almedralejo. Yo llegué muy tarde, y como tenía que cargar con la maleta por las escaleras –vivía en una casa de varios pisos sin ascensor–, la dejé en el coche para subirla al día siguiente.

Por la mañana me levanté con la hora muy justa y salí corriendo al trabajo, del que me separaban cincuenta y seis kilómetros y, por ese motivo, no me quedó más remedio que irme a Burguillos del Cerro con el equipaje aún en el maletero. Al terminar mi jornada, ¡sorpresa! Salva me esperaba en la puerta con un ramo de flores como forma de decirme que me quería, y para declararse de esa manera tan romántica había viajado toda la noche desde Logroño, y eso que antes había regresado allí desde Madrid. ¿Se pueden hacer una idea de mi situación? quiero que me hagan el favor de ponerse todos en mi lugar. Primero, piensen en lo que les he contado que sucedía en mi relación, donde no había emociones ni ilusiones, y ahora fíjense en el que hoy sé que era un simple actor de pacotilla, pero que aquel día interpretó a la perfección ese papel de príncipe salvador que yo me creí a pies juntillas, y encima había hecho el esfuerzo de viajar toda la noche para demostrarme lo que estaba dispuesto a hacer por mí, y con un ramo de flores en la mano para que viera lo detallista que era. Así entenderán que en aquel momento me desarmó, y mucho más cuando me llevó a comer a un pueblo y a merendar a otro, para que me diera cuenta de que con él iba a ser todo muy distinto a lo que yo tenía en esos

momentos en casa. No quiero decir que me atase a una silla para obligarme a optar por él, pero yo en ese momento era manipulable, porque tenía el estado de ánimo muy bajo, y con todo aquel despliegue me engatusó. Por todo lo cual, así, de modo tan precipitado, me sacó de mi vida sin siquiera dejarme volver a mi casa a hablar personalmente con mi marido. De hecho, ese mismo día me ayudó a buscar un piso en Jerez de las Caballeros, porque de lo primero que me convenció fue de que me marchara de Almendralejo para, según él, cortar vínculos y poder pasar página cuanto antes. No tardaría en darme cuenta de que lo que pretendía era evitar que lo arreglase con mi marido, pero en aquel momento me pareció coherente su consejo.

A los pocos días me ayudó a hacer la mudanza y, para ello, entré en mi casa a recoger las cosas mientras él me esperaba abajo, aprovechando que mi marido estaba en su trabajo, porque Salva no quería que me cruzase con él y pudiéramos hablar. Luego, cuando ya estuve instalada en Jerez de las Caballeros, me dejó allí y se marchó, porque, aunque estaba de baja por una reciente operación en un hombro y se podía haber quedado un tiempo conmigo, me dijo que tenía cosas que hacer en Logroño.

Seguimos hablando a diario, hasta que un día, sin haber sucedido nada entre nosotros, me llamó hecho un mar de dudas, diciéndome que no veía futuro a nuestra relación, porque creía que había diferencias entre los dos que en el futuro serían un escollo y que por eso no debíamos seguir

juntos. (Con el tiempo, me enteré de que una persona muy cercana a Salva y que le influía mucho, le había comentado que yo era demasiado inteligente para él. ¿Qué significaba eso? Pues les aseguro que no tengo ni idea, pero imagino que pensó que yo no iba a tardar en descubrir que Salva solamente estaba haciendo un papel conmigo, porque el supuesto príncipe salvador no existía y que al final me decepcionaría. Aunque también pudo ser que él pertenece a la Iglesia Evangelista, y como yo eso lo respeto, pero no lo comparto, tal vez sí hubiera sido un escollo).

Fuera por el motivo que fuese, ¡no me podía creer lo que me estaba pasando! Porque Salva apareció, venció y apartó a mi marido de mi vida, haciéndome cambiar de ciudad... para luego abandonarme de ese modo tan cruel. Cuando digo que venció a mi marido, utilizo esa expresión en sentido estricto, porque cuando Salva intentó convencerme de que él era mejor que mi marido para mí, no le importaba nada ni nadie más que su victoria, porque cuando se le mete en la cabeza que él es mejor que otro hombre, intenta vencerlo y eliminarlo como un loco, y cuando logra su objetivo, se deshincha, porque sólo piensa en ganar, sin respeto alguno por las otras personas ni por sus sentimientos.

¡Ya ven! Me quedé sola, porque un sinvergüenza desalmado decidió aprovecharse de un momento muy bajo de una buena persona que confió en él y que se dejó convencer por sus promesas de una vida mejor y más emocionante. Este fue, además, mi premio por tener la decencia de no probar

cómo sería mi vida con Salva antes de dejar a mi marido, cuando hasta él mismo me ofreció esa posibilidad, cuando le llamé para decirle que no volvía a casa. Concretamente, mi marido me dijo que probase unos días y que, si no me iba bien, volviera a nuestro hogar. Pero él no se merecía que yo le tratase de esa forma y por eso me arriesgué y, como ya han visto, lo perdí todo.

En cuanto a Salva, mantuvimos el contacto, y tuve que aguantar que incluso me contase que se había echado una nueva novia y que me pidiera consejos para su nueva relación, los cuales yo le daba, aunque lo que me apetecía era mandarle a la mierda, pero mis padres me hicieron así de tonta. Luego dejó a esa chica y estuvo un tiempo solo, hasta que un día me sorprendió al anunciarme que había decidido volver con Jani, su exnovia cubana, y en ese momento sí decidí dar por terminada mi amistad con él. Los compañeros de *Allá tú* con lo que ambos seguíamos teniendo relación, me comentaron que él había intentado volver con Jani, pero que no habían llegado a ser pareja, aunque si quieren que les diga la verdad, a mí ya me daba igual lo que él hiciera y con quien lo hiciera, porque yo no soy posesiva ni celosa, y cuando termino una relación, sea de amor o de amistad, dejo que la persona siga su camino y yo me busco el mío propio. En este caso fue Salva el que la terminó, pero yo actúo de la misma forma.

Tras suceder, analicé sosegadamente lo acontecido, y cuando fui consciente de la locura que había cometido, tuve muy claro que quería tomar un camino que me llevara de

vuelta a mi casa de Almendralejo, porque todos somos humanos y cometemos errores, pero igualmente todos tenemos el derecho de poder intentar arreglarlos, y yo lo intenté revertir. Además, fue muy doloroso para mí descubrir quién era Salva de verdad, y eso me hizo valorar mucho más a la persona con la que había compartido quince años de mi vida.

Todo lo que acabo de relatar respecto a lo que pasó en la vida de Salva y Jani, lo explico aquí, porque son hechos de los que ellos y sus familias hablaron abundantemente al concursar en *Gran Hermano*. De mi marido y de mí cuento lo estrictamente necesario para que se entienda mi historia, porque nosotros, como verán en los siguientes capítulos, ni concursamos ni anduvimos por los platós hablando de nuestra vida privada.

CAPÍTULO 3.- *Gran Hermano*

Siempre he sentido una fuerte atracción por los grandes retos, y estoy convencida de que, si no fuera porque tengo un oído aquí y otro en Luxemburgo, me habría presentado al casting de *Operación Triunfo*, pero como de mi padre heredé los ojos, pero no la voz, me tuve que conformar con *Gran Hermano*, pero para lo que a mí me llamaba la atención me servía, que era eso de ir poco a poco jugando una partida de ajedrez con tus compañeros, para encandilar a la audiencia e intentar ganar con ese esfuerzo.

Debido a esa atracción que sentía, cada año, cuando anunciaban el casting de este concurso, llamaba de inmediato y me apuntaba, a pesar de que estaba segura de que nunca me presentaría, porque era consciente de que, al participar en un concurso de este tipo, el hecho de convertirte en alguien popular cambiaría en algo tu vida, para bien o para mal, y no estaba dispuesta a asumir ese riesgo, porque soy arqueóloga vocacional y nunca he deseado abandonar mi profesión para trabajar en el medio televisivo. Lo único que me motivaba era tener esa experiencia y enfrentarme a aquel reto, pero no los cambios que intuía que ese concurso podía hacerle a mi vida. Pero en mi interior fantaseaba con la idea de que tal vez podría pasar por esa casa de puntillas, cogiendo lo que a mí me interesaba, que era la parte del juego, y sin acercarme a lo que lo rodeaba, que no me interesaba absolutamente nada.

Pero a pesar de que en mis pensamientos la idea me parecía factible, prefería no arriesgarme y nunca me presentaba.

Pero aquella vez, cuando llegó el casting de 2004, me cogió recién separada y fuera de mi mundo anterior, por lo que mis recelos cedieron ante la oportunidad de probar algo nuevo que antes no cuadraba en mi vida, porque en ese momento sentía que lo había perdido todo y, cuando te encuentras en ese punto, piensas que las cosas ya solamente pueden ir a mejor. Además, tras dejarme Salva tirada en Jerez de las Caballeros, seguía trabajando como arqueóloga todas las mañanas, pero por la tarde me encontraba sola en casa, y necesitaba encontrar algo para tener la cabeza ocupada y no volverme loca. Por eso, cuando me dieron cita para el casting de GH, me pareció buena idea intentarlo, como una forma de hacer algo distinto y trepidante. Unos días antes de subirme al coche para irme al casting a Sevilla, una de las amigas que conservaba de mi participación en *Allá tú* me llamó y me advirtió de que no me molestase en presentarme, porque se había enterado de que iban descartando a todos los que hubieran participado en ese concurso, e incluso lo habían hecho con ella misma. Esto hubiera desanimado a cualquiera, pero mi amiga lo único que consiguió fue motivarme más, porque al desafío de intentar convencer a los seleccionadores de que yo era la concursante que buscaban, se había añadido el de superar la aparente desventaja de mi paso por el concurso de las cajas. Les aseguro que todo aquello me pareció emocionante y también contaba con un aliciente más:

mi hermana vivía en Sevilla, por lo que era una buena excusa para verla.

Nunca olvidaré el momento en el que entré en el hotel donde se realizaba el casting. Estarán imaginando que lo digo por la emoción que me embargaba, o por los nervios que me paralizaban, y espero no decepcionarles demasiado cuando les diga que la verdadera razón por la que no puedo olvidarlo es por la vergüenza que pasé al tener que presentarme en aquel hall roja como un tomate a punto de explotar. Verán, aparecí de esa guisa porque salí tarde del trabajo, y tras recorrer los ciento cincuenta kilómetros que me separaban de Sevilla, en los alrededores del hotel no había forma de aparcar, y cuando al fin lo logré, bien lejos, llegar a tiempo al casting me supuso una prueba adicional de atletismo de 1.500 metros lisos a cuarenta grados de temperatura. ¡Ya saben lo que es esta ciudad en junio! Pero, al fin, ¡ya estaba allí! Cuando se me pasó el sofoco, descubrí que había más gente esperando que en un mercado a las doce de la mañana. ¡Madre mía! No sé cómo decidí quedarme, porque a mí antes me angustiaban tanto las aglomeraciones como las grandes esperas, pero como no tenía nada que perder, me quedé, y así también hacía tiempo hasta que saliera mi hermana de su trabajo.

A la media hora apareció un chico nombrando a diez de los que allí esperábamos, conduciéndonos de inmediato a una sala para que esperásemos allí, y nos dijo que a continuación tendríamos que ir entrando de uno en uno en

un despacho para pasar una entrevista. Cuando me tocó a mí y entré, me senté frente a una chica que llevaba una bata blanca y, de esa manera, consiguió que me abriera a ella, porque pensé que estaba hablando con una psicóloga. Lo primero que le solté fue que había participado en *Allá tú*, y tenía pensadas un montón de simpáticas respuestas para cuando me confirmara que no querían a los de las cajas, pero, para mi sorpresa, me dijo que se acordaba de mí, que era la Cleopatra de *Allá tú* y que, por supuesto, seguía adelante con el casting. Después de esa entrevista inicial me llevaron a otra sala a grabar un vídeo, también con una persona con bata blanca, en el que conté cómo andaba mi vida en esos momentos. Lo último que me pidieron que hiciera fueron unos psicotécnicos, donde el chico encargado me preguntó qué hacía yo allí. Le contesté que no entendía por qué me hacía esa pregunta, y me respondió que porque yo no era una «Fresita». Tengo que decir que tenía razón al decirme que yo no pintaba nada en aquel lugar, sobre todo con la orientación que le habían dado al concurso, en la cual es verdad que no encajo ni con calzador, pero me sentó fatal lo despectivo que fue ese comentario hacia Fresita.

Una chica vino a hablar conmigo antes de irme de ese Hotel, para anunciarme que seguía adelante, y que ya me llamarían para el siguiente paso.

De camino para encontrarme con mi hermana, daba vueltas en mi cabeza a la entrevista, intentando descubrir qué tecla habría pulsado para ayudarme a saltar el foso en el que